



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS MÉDICAS DE LAS FUERZAS ARMADAS
REVOLUCIONARIAS
HOSPITAL MILITAR CENTRAL "DR. CARLOS J. FINLAY"
CONCURSO HISTARTMED

NARRATIVA.

**TITULO: SECRETOS DE LA HABANA DESDE LA MIRADA DE LA
GIRALDILLA**

Autor:

Enrique José Esteban Garcés

Secretos de La Habana desde la mirada de la Giraldilla

Vagando por los siglos del más mítico de todos mis sueños, descubrí una historia fugaz, calvario infinito de amor abnegado, martiana en contenido y cargada de un enigma cósmico. Historia que es Habana, real y maravillosa, y cuyo conocimiento es poco difundido, por lo que estoy comprometido a pregonar su belleza, a transmitir una ola de todo el océano que me contó. Perdón por no presentarla anteriormente, y es que ella, feria de ilusiones no lleva presentaciones: basta con mirarla para saber que existe.

Aparezco en un lugar desconocido, todo destruido como si fuese abatido por alguna inclemencia meteorológica, los inacabables rayos solares acarician todo a mi alrededor volviéndolo paradisiaco para quien mira y disfruta la naturaleza. De pronto la justicia se transforma en violencia. Llega la más incansable de todas las lluvias, el viento la escolta de manera sobreprotectora. Era un ciclón con todas sus letras, y yo estaba parado en su ojo. Logro trasladarme hacia un fortificado espacio con fin de refugiarme hasta que un grito silenció la melodía del viento y la lluvia. Preocupado, sigo mis instintos y me dispongo a buscar de donde vino esa canción que tenía como estribillo: por favor, que alguien me ayudeee. Explorando las paredes mudas de aquella fortaleza y siguiendo aquel grito, soy sorprendido por la silueta de una gentil dama que yacía en el suelo. Rápidamente me dirijo hacia ella, la sostengo y la traslado hacia un lugar seco, cerca de una antorcha que no se dejaba apagar por el viento, para aprovechar de ella parte de su calor e iluminación.

Abatido por la confusión que me brindaba todo lo que estaba ocurriendo, me dispongo a auxiliarla, ya que estaba herida y mojada. Curé sus heridas cubriéndolas con tela de su falda, impidiendo que de ellas brotara más sangre y la sequé. Todo aquello sin la expresión de una palabra por ambos; sin más, nuestros rostros se mantuvieron fijos, un eclipse de miradas sentenció la gran amistad que íbamos a tener, y susurro un gracias desde su voz más interna. Sentía que ya la conocía de otra vida, que nos unía algo y que tenía que averiguar qué era.

En ese momento centré mi atención en su cálido color mestizo, su cuello alargado, su vestimenta que formaba un íbrido entre lo formal y lo cotidiano, su cuerpo perfecto, con todos los contornos bien definidos como si fuesen esculpidos por los dioses, manos moldeadas junto a una palma desde su tronco y un asta que recrea la Cruz de Calatrava, rostro de comadrona que deslumbraba como astro, mirada de águila, senos idénticos a los mares, todo se resumía en inmensidad continental.

Bastaron minutos para que se diera cuenta de que estaba en mi ángulo de visión y rompiera la barrera del silencio con todo un cuestionario de preguntas, con fin de calmar sus ansias de diálogo y olvidar el dolor que se veía que

sentía. En pocos segundos ya estábamos entablando una fluida comunicación, evacuando ambas nuestras dudas. He ahí que me confiesa su legado.

Me contó que era una aborigen a la que todos llamaban Giraldilla, y que trabajaba como veleta en lo más alto del baluarte noroeste del Castillo de la Real Fuerza. Mencionó, que le fue asignado ese trabajo para recrear el inmenso amor que sintió Isabel de Bobadilla por su esposo, don Hernando de Soto, Comendador de la orden de Santiago, el que había sido enviado a la Florida al frente de una expedición de conquistas. Desde ese momento, Isabel tuvo que hacerse cargo de la administración del país por orden del comendador, y más que atender al gobierno, pasaba horas enteras en lo más alto del castillo en espera de una nave que trajera a su esposo. Pero Soto nunca regresó, y cuentan que murió junto al río Missisipi, pero su enamorada esposa continuaba esperándolo.

Después de secar una lágrima de su bronceada mejilla, continuó diciendo que durante años participó en reuniones de flotillas españolas, fue testigo de peleas contra corsarios y piratas, y siempre recibió y despidió a todos los barcos que entraban en su puerto, con la esperanza de que viniera Soto o alguien le contara de su paradero.

Esa historia de amor, separación y fidelidad siempre la conmovió, desarrollándole el don de ver el amor como sentimiento inmortal por encima de lo conocido e identificar quien ama verdaderamente.

En una ocasión llega un vapor estadounidense nombrado City of Mérida, el cual permanece surto del 31 de enero al 2 de febrero de 1875 en el puerto de La Habana, anteriormente llamado de Carenas, en el que venía un pasajero cuyo amor a su tierra le revivió la añoranza de Isabel de Bobadilla por su amado. Le recordó que cuando se ama no se hace ni en pasado ni en presente, se realiza en todo momento porque es eterno.

Habiendo atracado la nave, bajaron a tierra la mayoría de sus pasajeros, excepto parte de la tripulación y un joven cuya tristeza le llamó la atención a la Giraldilla.

Caía la tarde de ese día y el muchacho miraba desde el barco los recuerdos que le marinaban el ocaso junto a la ciudad, trasladándolo hacia el sonido de una música añorada, un deleite callado, un pasado que lo volvían como niño enajenado que no se atrevía a abrir los ojos, a pronunciar una palabra por miedo a que la luz desapareciera y todo volviera a ser noche, la noche interminable de los ciegos.

Es entonces que la Giraldilla lo reconoce, que lo recuerda casi un niño con un grillete al pie, haciendo trabajos forzados en las canteras de San Lázaro, y se le presenta al joven, invitándole a que se desahogue con ella, como tantos marineros que le contaban sus historias:

El joven le contó que hacía ya cuatro años que estaba lejos de su tierra, y ahora, que la tenía tan cerca, no podía bajar a tocar ni siquiera uno de sus adoquines, porque estaba condenado al destierro de su patria. Era por eso que el barco le era un remolino de emociones descontroladas, que mirar su tierra hacía aumentar su cariño hacia ella, siendo este más correcto y elocuente que todas las gramáticas. Que se sentía en un naufragio de deseos, auscultando los misterios universales de la maldad de los hombres.

Aquellas palabras conmovieron a la Giraldilla, e hicieron que se identificara con aquel joven sincero, cuyo amor verdadero e insaciable a su patria no olvidaría jamás.

He aquí mi Leyenda de amor, historia, arte, símbolo... todo encerrado en esta estatuilla, que es La Habana. La figura que se observa en el Castillo de La Real Fuerza es una réplica, pues la original se encuentra en el Museo de la Ciudad, antiguo Palacio de los Capitanes Generales, a la vista de todos, pero protegida de los vientos huracanados que no saben la historia de amor que encierra la Giraldilla en sí misma y el valor que tiene para los habaneros este símbolo de la ciudad.

El joven de quien se enamoró la Giraldilla constituye uno de los habaneros que más se ha comprometido con la causa de la independencia de nuestro país y es el eje imaginario sobre el cual rotan los versos:

**“El amor, madre a la patria
no es el amor ridículo a la tierra,**

ni a la yerba que pisan nuestras plantas;

Es el odio invencible a quien la oprime,

es el rencor eterno a quien la ataca”.

José Julian Martí Perez. Nuestro Héroe Nacional.

Basado en hechos reales.